

Yolando Pino Saavedra

Personalidad y poesía de Rainer María Rilke

Yolando Pino Saavedra, autor del presente estudio sobre la «Personalidad y Poesía de Rainer María Rilke» publicará, dentro de poco, una traducción directa del alemán, de la más selecto de la obra del originalísimo poeta germánico.

Pino Saavedra, actual profesor de Estética Literaria y Literatura Alemana del Instituto Superior de Humanidades, es conocido ya ampliamente en América por su hondo y prolijo ensayo sobre la poesía de Herrera y Reissig.

Espíritu culto y ponderado, une Pino Saavedra a su sólida disciplina mental, de raíz germánica, toda la comprensión humana de su sangre latina.

Su libro sobre Rilke, como lo demuestra el ensayo que publicamos, será una primicia de inapreciable valor para los lectores de habla española, cuyo conocimiento de Rilke se limita a traducciones francesas de sus obras más divulgadas, sin que sea conocida la esencia lírica, profundamente nórdica, del poeta alemán.



ENTRE los poetas alemanes de los últimos decenios es sin duda alguna Rainer María Rilke el que mayor renombre ha alcanzado en los países neolatinos. ¿Qué motivos fundamentales, qué circunstancias exterior eshan contribuído a ello? Personalidad y poesía, viven-

cias y supervivencia de Rilke serán los temas que den sentido a este ensayo de divulgación de literatura alemana moderna.

Nace Rilke en Praga el año 1875. De joven da muestras de una supersensibilidad que corresponde a un físico débil. Sus cinco años de cadete en la Escuela Militar de St. Polten dejan en él sólo recuerdos tristes. Desiste de la carrera de las armas y sigue estudiando en Praga, München y Berlín, pero no para dar término oficial a sus estudios. Un imperativo más hondo le señala el camino. Renuncia a una existencia cómoda y filistea, para dedicarse íntegramente al arte.

Las primeras poesías de Rilke—hasta 1897—están saturadas del ambiente de Praga. Paisaje y ciudad, héroes y acontecimientos nacionales surgen, en concepción realista, de su imaginaria de adolescente. Ya entonces se caracteriza su lenguaje por el valor que concede a los elementos formales, al ritmo y la rima, a la calidad de las palabras. Este cuidado por la forma se hace tema de su poesía en que canta a las palabras cotidianas que nunca han llegado hasta la estrofa y a las cuales dignifica prestándoles los cofres de sus fiestas.

OTOÑAL

El aire es tibio como en el cuarto mortuorio
a cuyas puertas ya la muerte está tranquila,
sobre los techos húmedos se extiende un fulgor triste
como el de una vela a punto de extinguirse.

El agua de la lluvia resuena en las goteras,
el viento débil mira pasar las hojas muertas;
y como una bandada de becacinas tímidas
las nubes temerosas cruzan el gris del cielo.

VIGILIA

Los campos pálidos ya duermen,
mi corazón tan sólo vela;
pliega en el puerto ya la tarde
su roja vela.

¡Vigilia trémula de ensueños!
la noche pasa por el llano;
la luna, blanco lirio,
se abre en su mano.

Poco más tarde, en *El Libro de las Imágenes*, este cultivo de la forma alcanza verdaderos aciertos de virtuosidad artística, como en la poesía que cito a continuación:

OTOÑAL

Las hojas caen, caen, como de la distancia,
así como lejanos jardines en los cielos
que empiezan a secarse.

Y la pesada tierra por las noches cae
de todas las estrellas hacia la eternidad.

Todos caemos. Esta mano ahí cae.
Y contempla las otras: en todas es igual.

Y sin embargo hay Uno que en sus manos
infinitamente suave
sostiene este caer.

Propiamente a esta época pertenece *La Canción de Amor y de Muerte del Corneta Christoph Rilke*, publicado seis años des-

pués de escrito, cuando el poeta la hubo revisado cuidadosamente, palabra a palabra, sonido a sonido; romance en prosa lleno de notas impresionistas, en una atmósfera de sueños, de amor y de muerte.

* * *

Rilke, el poeta alemán, nacido en ambiente eslavo-checo, no siente simpatía por el occidente material y colectivo. Su espíritu se recoge íntimamente, busca la soledad y dice: «Sólo hay una soledad, y ésta es grande y difícil de llevar consigo, y llega casi a todas horas, puesto que éstas quisieran trocarla por cualquier instante vivido en común por banal que sea, y por la apariencia de una armonía con lo mejor y próximo, con los indignos. Pero quizá sean éstas las horas en que crece la soledad, pues su crecer es doloroso como el crecimiento de los niños y triste como el principio de las primaveras. Pero no debe engañar, Lo único necesario, no obstante es la soledad».

Esta soledad, que Rilke sintió desde niño, es el fundamento más profundo en que descansa su vida y poesía.

A fines de 1899 prepara su visita a Rusia, el país que más hondamente penetró en el corazón del poeta, porque «Rusia es el país en que hay hombres solitarios, cada uno con un mundo dentro de sí, cada uno lleno de obscuridad como una montaña, cada uno profundo en su humildad y sin temor a degradarse, y por esto es devoto, hombre lleno de lejanía, de incertidumbre y de esperanza: hombres en devenir». Soledad y devoción son los atributos del hombre ruso que Rilke quiere ver en armonía con sus propios sentimientos. Los dos viajes a Rusia en 1899 y 1900, durante los cuales conoce hombres y costumbres aprende, en su decir, la hermosa e incomparable lengua, lo patrializan allá hasta el punto de que declara que Rusia pertenece a las grandes y misteriosas seguridades de que él vive. Pero

para comprender más hondamente lo ruso, Rilke va a Jasnaaj Polyana a conocer a Tolstoi, a quien llama el primer hombre en el nuevo país, el hombre de mayor sensibilidad, el ruso eterno. Ambos se conocen de hombre a hombre, hermano a hermano, pues lo que los unió no fueron ideas estéticas o sociales determinadas, sino la inmediata relación entre ellos.

Vuelve a Alemania impregnado de experiencias y recuerdos rusos: «iglesias que se alzan junto al Volga y se repiten en la corriente con el blanco más suave y con el oro más débil de las cúpulas me repican mañana y tarde con sus grandes campanas, y canciones que cantan los ciegos, y los niños pasan a mi alrededor y me tocan las mejillas y los cabellos».

De Rusia trae la vivencia devota de la divinidad, que encuentra expresión poética en *El Libro de Horas*. Devocionario lírico e itinerario de ideas y sentimientos religiosos que Rilke pudo concebir y vivir bajo la influencia de la religiosidad del alma rusa primitiva y humana, más humana que la de las grandes ciudades de occidente.

Rilke busca a Dios, y en Rusia siente y vive a Dios, pero a uno personal, porque no puede concebir un Dios común a todas las personas. «¿Es posible que haya gentes que digan Dios y quieran con ello significar algo común a todos?». Rilke, el solitario, se acerca a Dios, que también es un solitario, y «todo creador es un solitario».

El poeta en busca de Dios, lo encuentra primeramente en las cosas, pero también en ciertos hombres encuentra a Dios, o bien fragmentos de Dios. «Los poetas», dice en *El Libro de Horas*, «te han dispersado, pero yo te recogeré en el vaso que te agrada. Yo viajaba en los vientos, y en ellos estabas Tú. Traigo todo lo que encuentro: como copa necesitaba de Ti el ciego, la plebe te ocultaba profundamente, pero el mendigo te mantuvo junto a sí; y a veces en un niño había un gran fragmento de tu sentido. Tú ves que soy un buscador». Dios aparece a Rilke en las formas y estados más diversos, «es un bosque de

contradicciones, el más profundo que sobresale, el buzo y la envidia de las torres». Más aun, la existencia de Dios va unida a la suya propia;

¿Qué harás tú, Dios, si yo perezco?
 Yo soy tu vaso (¿si me quiebro?)
 Yo soy tu agua (¿si me enturbio?)
 Soy tu ropaje, soy tu oficio,
 conmigo pierdes tu sentido.

Después de mí, no tendrás dónde
 te reverencien las palabras.
 Cae de tus plantas fatigadas
 la sandalia suave que soy.
 Tu amplia túnica te abandona.
 Tu mirar que en mi mejilla
 como una tierna almohada
 ardientemente yo recibo
 vendrá, me buscará—por largo tiempo—
 y se tiende a la hora del crepúsculo
 en el duro regazo de las piedras.
 ¿Qué harás tú, Dios? Temor me embarga.

Al mismo tiempo que los temas, y a veces más que ellos mismos, es la atmósfera que los envuelve la que cautiva, son las imágenes personalísimas y de enorme sugerencia expresadas en palabras simples y cotidianas.

De regreso de Rusia, se establece en Worpswede, colonia de pintores en las cercanías de Bremen. Ahí casa con Clara Westhoff, discípula de Rodin. El poeta reconoce que procede ligeramente desde el punto de vista material, pero el amor y la confianza que lo unen a la artista son más fuertes que las amenazas de necesidades futuras. Mientras recibe una pequeña ayuda familiar, su esposa trabaja con empeño y él da a los edito-

res traducciones del ruso, lengua que consigue aprender hasta para escribir en ella algún ensayo de poesía. Pero la ayuda económica se interrumpe, y es entonces cuando el poeta siente las angustias de la vida difícil, siente horror del futuro material, él, el solitario, cuya vida se mueve en un intenso clima espiritual. Desesperado, proyecta conferencias y solicita de sus amigos influyentes, con palabras nobles y dignas, alguna ocupación compatible con sus actividades artísticas. Y es en alguna de esas cartas donde mejor comprendemos su tragedia, la lucha que libran en su alma la vida del poeta con la vida del filisteo. Escribe Rilke: «Soy muy pobre. No sufro de pobreza, porque en el fondo ella nada me ha negado. Pero este invierno por primera vez estuvo frente a mí meses enteros lo mismo que un fantasma, y yo me perdí y perdí en mi corazón los objetivos acariciados y toda la luz, y estuve a punto de aceptar cualquier pequeño puesto de funcionario, y esto hubiera significado: morir y empezar una metempsicosis llena de locura y ajena a sentimientos de amor a mi tierra». El poeta se salva y se conforma con una vida material sencilla. Su mujer recibe un estipendio y él toma el encargo de escribir un libro sobre Rodin.

Worpswede influye en el espíritu y en la obra de Rilke. No sólo la convivencia con artistas, sino también y más profundamente la naturaleza. En Worpswede se acerca a ella, se acerca a las cosas y a los seres ínfimos. Worpswede es para el poeta un pequeño universo: «ninguna flor era demasiado pequeña para quien no se interrogara, teniendo que decir lo que ella sabía. Ningún coleóptero era demasiado insignificante, pues éste vivía en medio de ese ambiente. No sólo se trataba conocimiento con los árboles, arbustos y flores: siempre había en movimiento una permanente cantidad de habitantes, y cada pájaro, que al pasar se detenía en los muros de enredaderas, tenía que anunciar su visita. La casa se mantenía abierta sin hacer diferencia entre los huéspedes. Arañas entraban y salían, moscas y libélulas, hormigas en traje de trabajo y distinguidos

escarabajos en verde y dorado frac de gala». Y más allá del jardín, la pradera dilatada, la *Heide*, la pradera teñida con el violeta de las *Erikas*, el cielo también extenso y la canción del viento y de las aguas, todo, todo eso penetra en el corazón del poeta. Y éste aprender, a ver, a distinguir las diferenciaciones del paisaje, los matices del color, y los recoge en su paleta lírica. Esta es la época en que la pintura presta a Rilke su técnica impresionista.

* * *

Deja Rilke Worpswede para realizar a París un viaje largamente proyectado. Sus primeras impresiones son tristes. Le sobrecogen lo doliente de la vida que ambula en torno de los hospitales y la miseria de las pequeñas gentes.

Pero el poeta ha ido en busca de Rodin, en quien halla un compañero, un solitario como él, un maestro y un amigo. En cartas dirigidas a su amiga Lou Andreas-Salomé habla con entusiasmo y admiración del artista, del creador genial, y de la felicidad que le embarga vivir junto a él. La influencia formal que Rodin ejerce en el poeta determina una parte de su producción literaria, una influencia formal y tal vez de esencia, en su actitud de contemplar las cosas, en la paciente elaboración de la obra de arte. Rilke siente y opina que lo que ha hecho no es nada y que debe comenzar de nuevo. Pero, ¿cómo? Quiere reconstruir sus fuerzas y se siente disperso y débil. Sólo las cosas de Rodin, las cosas acabadas le hablan a él. Y empieza a ver de nuevo nuevas cosas. Las flores y los animales le impresionan de extraño modo. Sin embargo, le falta la disciplina, el poder trabajar, el tener que trabajar, hasta que al fin adquiere la paciencia del maestro.

Vuelve al estudio. Aprende el danés para leer en el original a Jacobsen y a Kierkegaard, Enriquece su tesoro lingüís-

tico leyendo el Diccionario de los hermanos Grimm, porque piensa que es necesario conocer a fondo todo lo que ha penetrado en la lengua y saberlo emplear, para no utilizar sólo lo que ocasionalmente se posee. Inicia la traducción de poetas franceses, luego de Miguel Angel, con una constancia y seriedad que le permitieron realizar acabadas obras de arte.

En la cercanía de Rodin aprende a contemplar las cosas plásticamente, pero sin detenerse en la visión meramente impresionista.

Rilke penetra en el mundo interno de los seres y las cosas, y en este sentido da expresión a las *figuras* (Gestalten) en los tomos de los *Nuevos poemas*. En esta *poesía de la cosa* (Dinggedicht) del tipo de *La pantera*, poesía desyoizada, siguiendo a Walzel, en que el yo es substituído por la tercera persona, llega Rilke a un punto superior en la poesía alemana.

LA PANTERA
(En el Jardín Botánico de París)

Su mirada se ha vuelto tan cansada
frente a las rejas que no puede más.
Le parece que mil rejas hubiera
y ningún mundo hubiera más allá.

La suave marcha, a paso firme y ágil,
moviéndose en el círculo más breve,
es cual danza de fuerza en torno a un centro
en que gran voluntad queda aturdida.

Sólo a veces descorre la pupila
sin ruido su telón. Y entra una imagen
que va por la quietud tensa en sus miembros
y allá en su corazón deja de ser.

EL CISNE

Esta fatiga de irse
 pesadamente, trabajosamente,
 por lo que todavía no se ha hecho,
 es como el paso que aun no ha dado el cisne.

Y el trance de la muerte, este imposible
 ya no tocar el suelo en que vivimos
 semeja a su posarse temeroso:

en las aguas que suaves lo reciben
 y que como olvidadas y felices
 en pos de él se recogen, ola a ola;
 en tanto que infinitamente quieto
 y seguro, más libre y majestuoso,
 inicia su avanzar, más apacible.

En días de soledad y recogimiento escribe Rilke en París *Los Cuadernos de Malte Laurids Brigge*, obra que toca los límites de la novela autobiográfica. El morir y la muerte son los temas principales de estos cuadernos. Para Malte es París la ciudad donde se muere. Toda vida es aquí una preparación para la muerte, es sólo el cultivo de la muerte, que crece en nosotros como fruta. De aquí surge la idea de la muerte propia, que pertenece como tal a la personalidad, idea que ya había aparecido en los primeros cuentos y en *El libro de horas*, pero que se hace esencial en *Los cuadernos de Malte*.

Lo más característico de la prosa natural y desganada de esta obra es la tendencia a dejar la expresión entre la sombra y la luz. El desaliño y falta de estructura no son más aparentes. Sus medios artísticos le dan una propia organización. En carta a Rodin escribe Rilke: «La poesía va siempre ayudada y

aun llevada por el ritmo de las cosas exteriores, pues la cadencia lírica es la de la naturaleza: de las aguas, del viento, de la noche. Pero para ritmar la prosa es necesario profundizar en sí mismo y encontrar el ritmo anónimo y múltiple de la sangre». Aunque estas palabras no se refieran a *Los cuadernos de Malte*, fácilmente se descubre que el ritmo de su prosa corresponde al ritmo de la sangre de Malte y de su creador.

* * *

Entre los años 1903 y 1908 el poeta vive en continuo viajar. Visita Italia y Escandinavia y al fin regresa a París. Va en busca de un clima favorable para su delicada salud y tras un sitio en que su espíritu recoja más hondas experiencias. Finalizada la elaboración de *Los cuadernos de Malte*, en 1910, emprende nuevos viajes, ahora al Africa del Norte y a España. Es el viaje largamente deseado. España le atraía con una intensidad como aquella con que se había sentido llevado a Rusia, acaso por la afinidad de ambos países de que habla Edmond Jaloux. Lo cierto es que Rilke había sentido y sentido lo español desde hacía tiempo a través de Goya y Zuloaga.

Pero ninguno de esos viajes satisface al poeta. Es en el castillo de Duino, a orillas del Adriático y cerca de Trieste, donde se refugia durante el invierno de 1911-1912 y donde halla recogimiento y concentración. Apartado del mundo crea las dos primeras *Elegías de Duino*.

Luego vienen los años de la Gran Guerra, el acontecimiento más espantoso que turba la vida de un poeta de la sensibilidad de Rilke, cuyo espíritu volaba por sobre todas las fronteras políticas y culturales. La guerra prolonga más allá de 1918 cierta esterilidad del poeta. Vuelve a pasear su inquietud por Italia, Francia y Suiza, hasta que encuentra en este último país un rincón apacible que permite continuar el camino iniciado en Duino. En el viejo castillo de Muzot escribe

Los Sonetos a Orfeo y da término en momentos de intensa inspiración a las diez *Elegías de Duino*.

Son estos sonetos y elegías la más alta expresión lírica de Rilke. Surgen en el instante en que el poeta ha llegado a plena madurez intelectual y logrado, intuitivamente, una propia concepción de la vida y de la muerte. *Las Elegías de Duino* son la manifestación poética de la filosofía existencial del siglo XX.

SONETOS A ORFEO

I, 9

Sólo el que ya también entre las sombras
alzó la lira,
puede celebrar, presintiendo,
la alabanza infinita.

Sólo el que comió con los muertos
adormidera, de la suya,
el más leve de los sonidos
no volverá a perder nunca.

A menudo puede borrarse
el espejeo del estanque:
conoce la imagen.

Sólo en el reino doble
se hacen las voces
eternas y suaves.

I, 17

En el fondo el Ancestro, confuso,
raíz de todos los seres,

fuelle secreta
que nunca vieron.

Casco de asalto y cuerno de caza,
sentencia de hombres de cabellos grises,
hombres en cólera de hermanos,
mujeres semejantes a laúdes...

Rama que presiona la rama,
en ninguna parte una libre...
¡Una! ¡oh! sube... ¡oh! sube...

Pero ellas aun se quiebran.
Por fin ésta allá arriba
se arquea en lira.

II, 3

¡Espejos! nunca aun se ha dicho a ciencia cierta
lo que sois en vuestra esencia.
Intervalos del tiempo,
lentos como con hoyos de tamices.

Pródigos aún de la sala vacía,
cuando crepusculiza, como bosques, profundos...
Y por vuestra apariencia inaccesible
como una cornamenta de ciervo pasa el lustro.

A veces estáis llenos de pinturas.
Varias parecen en vosotros idas,
otras dejáis pasar, asustadizas.

Mas, quedará la más hermosa
hasta que en sus mejillas tersas
penetre el claro y deshecho narciso.

Realizada la obra maestra, Rilke se transforma. Es un hombre que ama el mundo, que quiere vivir en contacto con los demás. Se acerca aún más a los poetas franceses que siente afines. Es admirador y traductor de Gide y Valéry. Y para manifestar hasta dónde siente y consiente el espíritu francés, escribe versos en su lengua, que aparecen en pequeñas colecciones con los títulos de *Vergers*, *Les fenêtres*, *Les roses*, entre las principales.

Desde 1923 se resiente la salud del poeta. Toda clase de malestares físicos le abruma durante tres años. En este estado, un día en que esperaba la visita de una amiga, cogiendo rosas para ella, una espina le causa una pequeña herida que le lleva a la muerte. El 29 de diciembre de 1926 muere de leucemia.

* * *

En la evolución de la poesía de Rilke se encuentran representadas todas las corrientes literarias de fines del siglo XIX y principios del XX. El neoromanticismo se manifiesta hasta alrededor de 1902. Desde *El libro de las imágenes* comienza a esbozarse una inclinación expresionista antes que este movimiento sea considerado como tal. Y finalmente aparece Rilke como un precursor de la nueva objetividad (*neue Sachlichkeit*), como observa Mr. J. F. Angellosz, uno de los más serios conocedores y comentadores de la vida y poesía de Rilke. El valor supremo de su poesía oscila entre *Los sonetos a Orfeo* y las *Elegías de Duino*.

En la formación espiritual del poeta influyen el mundo germánico, el eslavo y el latino. Rilke es un poeta alemán, y, en sentido nietzscheano, europeo.

Rilke es uno de los más grandes poetas de la Alemania moderna. Los críticos alemanes le comparan a George, concediéndole a uno u otro el más alto valor. Lo cierto es que cada

uno representa una cima en la poesía alemana y Rilke está más cerca de nosotros. No existe otro poeta alemán moderno que se haya sentido más atraído por el sur latino. Fueron el sur de Francia y España los países que deseó visitar de nuevo poco antes de su muerte.

La admiración que sienten sus lectores de lengua española es una admiración venida de Francia. Lo que de él se conoce se debe en gran parte a las traducciones francesas de *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, las *Historias del Buen Dios* y *La Canción de amor y de muerte del corneta Christoph Rilke*. La poesía de *El libro de horas*, de los *Nuevos poemas*, de las *Elegías de Duino* y de *Los sonetos a Orfeo*, y la vida interna del poeta y del hombre que se desborda de sus cartas maravillosas siguen siendo ignoradas por la mayoría de sus admiradores hispánicos.